

OCHO PROPOSICIONES SOBRE LO COTIDIANO*

CLAUDE JAVEAU

I. La sociología de lo cotidiano, o de la vida cotidiana, no es la de un objeto que se llamaría lo cotidiano y que sería deudor de una definición de tipo “operacional”. No se trata de estudiar lo cotidiano como se estudia la familia, la moda, el deporte, las relaciones laborales o los públicos televidentes. Propongo ver en “lo cotidiano” un *obstáculo epistemológico*, otra manera, menos connotada, de hablar de paradigma.

Como perspectiva deliberadamente investida de un eminente privilegio heurístico, lo cotidiano no puede ser modelado, medido, traducido en fórmulas, aunque las formas tradicionales de investigación pueden, de vez en cuando, nutrir el discurso del que éste es pretexto. En última instancia, y a riesgo de ser imperialista, no existe sociología sino de lo cotidiano, como para Simmel sólo había individuos, siendo lo “social” simplemente una excusa de la miopía de aquellos que pretendían estudiarlo.

Para abreviar, diré que lo cotidiano es “lo social” visto bajo el ángulo de los propios individuos, de los que se ha convenido en llamar los “actores”. La orientación aquí, lo concedo, es netamente fenomenológica. El horizonte de lo cotidiano no es (como lo sería por sentido común) el día, sino la socialidad, es decir, la disposición concreta de las interacciones en ambientes concretos. Lo “societal” es el modo de expresión de la socialidad, no reducible a lo macro social, en ese sentido que toma la construcción de las relaciones sociales en su dinámica propia de producción/reproducción de los grupos y de las sociedades, sino como procesos vivos que siempre se manifiestan, como conquista incesante del presente, y no como resultado constatado por una “ciencia” positiva.

II. Me parece erróneo reducir lo cotidiano a lo “banal”, a lo repetitivo, a lo rutinario. Es cierto que estas cualificaciones se inscriben de buena gana en los paradigmas – en sentido lingüístico- de lo cotidiano, pero estos no pueden agotarlo noéticamente. La banalidad es el producto de un proceso que de manera voluntaria ha sido puesto en obra por los actores sociales, siendo las rutinas su expresión concreta: su carácter de ritualización significa la forma de sacralidad en la que estos mismos actores mantienen su existencia día a día.

Pero, lo excepcional, lo insólito, lo raro, lo exagerado, pueden hacer otro tanto cuando vuelven a aparecer en lo cotidiano. ¿Qué más cotidiano, en últimas, que la muerte? La excepción puede servir de “marco” (en un sentido goffmaniano aproximado del término) para lo cotidiano: la revolución, la guerra civil o la guerra simplemente, el desastre natural, el campo de concentración, el hambre, etc. En el seno de lo excepcional, se pone en obra el proceso de banalización. El horror de Auschwitz o de otra parte ha sido banalizado, no sólo por los guardianes, sino también por parte de los prisioneros.

Lo excepcional puede intervenir también como “acontecimiento” en el interior de lo cotidiano. Un flechazo amoroso, una profunda desgracia, un

* En: JAVEAU, CLAUDE (2003). *La Société au jour le jour. Écrits sur la vie quotidienne*. Capítulo 2: 39-44. Bruxelles: La Lettre volée. Versión libre al castellano de Francisco Sierra Gutiérrez; Bogotá, D.C., 03.15.12.

descubrimiento prodigioso, un acto genial de creación, no se escapan más de lo cotidiano que las maníacas rutinas de la comida o de los cuidados corporales.

III. Por abuso del lenguaje se ha venido a identificar con frecuencia lo cotidiano con la cotidianidad. Esta noción, tomada de Lefebvre, designa en primera instancia un atributo particular de lo cotidiano, correspondiente a los diversos procesos de alienación que operan allí. Estos procesos engendran el “estancamiento” de la vida cotidiana: ésta deviene el lugar geométrico de todo lo insignificante. Abundan las disertaciones sobre este estancamiento (“*métro-boulot-dodo*”),* a tal punto que algunos han querido reducir completamente a eso lo cotidiano. Esta reducción, como la reducción a la banalidad, me parece ilegítima. Lo cotidiano no es el lugar de la depreciación, de la pérdida de sentido, del desamparo. Diría igualmente que es esto sólo de manera residual.

Por el contrario, lo cotidiano es el lugar de la creación o la perpetuación de todas las significaciones. En la óptica comprensiva que he elegido, la sociología de lo cotidiano tiene primero como objetivo poner en evidencia las atribuciones de sentido de todos los comportamientos, banales o excepcionales, que expresan las relaciones sociales¹.

IV. Lo cotidiano no es la antilogía de lo histórico: el paso de lo cotidiano no se detiene en la simple corta duración. La historia se fabrica en lo cotidiano, en las rutinas o en la efervescencia de las festividades o de las conmociones sociales. La historia vuelve después hacia lo cotidiano, por decirlo así, bajo la forma de esas “armaduras” con las que se sujetan todas las acciones e interacciones, eso que la sociología clásica ha denominado “las instituciones”: religión, lengua, estructuras familiares y de poder, modo de producción, etc.

Llamamos historia a ese relato que contiene los itinerarios temporales de los individuos, de los grupos y de las sociedades, que le suministra a lo cotidiano referentes inscritos en la larga duración tan cara a Braudel. El “querer vivir” de los individuos, manifiesto en las rutinas ritualizadas de lo cotidiano como en las más osadas empresas de conquista o de invención colectiva, choca contra las armaduras que aporta la historia.

Vano sería negar que esas armaduras poseen su propio peso. La sedimentación de las culturas y de las civilizaciones en el tiempo ejerce una coacción innegable sobre las conductas aparentemente menos “históricas”, esas que revelan las rutinas más banalizadas. Sin embargo, no conviene ver en esa coacción un simple efecto de imposición, resultante de causas “externas” a los individuos. Estos parecen “jugar el juego” de la historia, cuando actúan de tal manera que ésta se nos revela siendo, justamente, un juego. Una armadura no se conserva más que el tiempo que dure el “juego” en el que intervengan sus diversos componentes sin exceder algunas tolerancias, cuyos maestros son, precisamente, los actores sociales.

* Expresión inspirada en el poema *Couleurs d'usine* (1951) de Pierre Béarn que representa el ritmo de vida de los parisinos: tomar el metro en las mañanas, realizar la jornada de trabajo e irse a dormir en la noche. (N. del T.)

¹ Si hubiese necesidad de sustantivar lo cotidiano, propondría primero que todo el término “cotidianidad”. Pero no estoy seguro que sea verdaderamente necesario.

V. Se sigue que lo cotidiano es el lugar del cambio sobre el fondo de la continuidad y al mismo tiempo el lugar de la continuidad sobre el fondo del cambio. Esta paradoja se desembaraza de toda pretensión de hacer de lo cotidiano un objeto. La proposición que enuncio en este lugar sólo pretende hacer “rupturas epistemológicas”.

Lugar del cambio: mañana es siempre otro día, y jamás se baña uno dos veces en el mismo río. En todo momento son redistribuidos los datos, incluso cuando esto pasa de forma inadvertida para los mismos jugadores. Pero las armaduras que delimitan los territorios y los *tempi* de estos juegos son inmutables. Metafóricamente, se dirá que la decoración apenas cambia. En lo cotidiano existe una semilla permanente de eternidad.

Y, lugar de la continuidad: el mañana se parecerá, todo lo más posible, a hoy. Los mismos gestos ritualizados llevarán las mismas intenciones, los mismos signos servirán para interpretar los mismos sentidos. Uno se baña siempre con un agua que tiene idéntica composición. Sin embargo, el mundo se mueve, conoce el ruido y el furor de la historia y de las historias. En lo cotidiano existe una semilla permanente de fragilidad.

Siempre reiniciado, siempre acabado: aparece así, oblicuamente, lo cotidiano de todos los días y de todos los siglos de los siglos.

VI. Lo cotidiano no oculta de ninguna manera la duración promedio en que se inscriben las relaciones de dominación. Las jerarquías sociales, producidas por la historia (de los individuos en sus itinerarios cotidianos), se imprimen en lo cotidiano y le confieren a lo cotidiano de todo actor societal en particular su tonalidad propia. La vida cotidiana del poderoso no es la del miserable, incluso hay formas idénticas en las que ambas se relevan. Las relaciones sociales gobiernan las relaciones con el tiempo y con el espacio. Esas relaciones pueden, ciertamente, ser echadas por tierra, pero para crear otras y no para desembocar en una ecualización angelical de las condiciones.

La violencia, efectiva o simbólica, es el modo de expresión y de realización de esas relaciones. Lo cotidiano encierra una violencia que la funda al mismo tiempo que la mina. La ritualización es el modo habitual de acomodarse a esta violencia; la canaliza como retórica, y ello tiene por efecto, no su supresión ni siquiera su reducción, sino su disimulación. Por consiguiente, la ritualización nos permite ser astutos con la violencia, en la misma proporción en que la retórica vuelve rígidas las manifestaciones perceptibles.

La duplicidad es, entonces, el desfile de gala societal de la violencia inscrita por necesidad en las relaciones sociales. Esta duplicidad no es de ninguna manera un “irse por las ramas” en el corazón mismo de los desarrollos de lo cotidiano. La duplicidad es, ante todo, una toma de posesión de las rutinas y de las ritualizaciones que las disfrazan. La duplicidad se anida en el corazón mismo de la conformidad y de la aceptación aparente de los órdenes parciales que componen el orden social global.

VII. Lo cotidiano suscita la mentira, él mismo es mentira. Las ritualizaciones sobre las que reposa son esencialmente mentirosas. Lo cotidiano revela su profunda inmoralidad sobre un fondo ético obstinado. Lo cotidiano conviene en transigir con los órdenes sociales y los societales ordinarios, porque trata de hacerle un lugar a los destinos individuales. Lo cotidiano muestra la naturalización de las

construcciones culturales, su absorción en órdenes que pretenden ser inmutables, pero cuya fragilidad misma resplandece bajo las rutinas, como si éstas hubiesen sido ritualizadas a la perfección.

Porque las rutinas, balizantes y banalizantes de nuestros recorridos cotidianos, obran de manera astuta con los pensadores históricos, constituyen lo que llamamos comúnmente la historicidad. De allí, la nueva paradoja: el respeto formal, incluso formalista de los rituales, enmascara una profunda intención subversiva. A la mentira responde la mentira. A la naturalización de las culturas responde la puesta en causa perpetua, en las invenciones de lo cotidiano, a la naturaleza inmutable de las cosas. La fuerza de las cosas se enfrenta a la debilidad de los individuos, que constituye su misma fuerza. La mentira triunfa, pero en beneficio de los mentirosos.

VIII. Lo cotidiano, al fin de cuentas, se identifica con la condición humana. El verdadero discurso sobre lo cotidiano restablece la dimensión “dramática” de las existencias individuales y colectivas. Una vez más, cuando se lo toma como “obstáculo”, lo cotidiano asume el papel de “analista” de las “trampas de la adversidad” (*Hamlet*, acto III, escena I).

Si lo cotidiano puede dar lugar a discursos que calificaría de “situacionales”, en el sentido geométrico del término, es porque se ha cometido el error de considerarlo como objeto. La sociología clásica lo cosifica de ese modo bajo una acumulación de *data* computables y comparables. En estas operaciones, los destinos individuales son acoplados a sistemas atemporales de actividades, las intencionalidades son reducidas a motivaciones en escala, las temporalidades son resumidas en encuestas ocupacionales.

En esta forma, la sociología clásica huye de lo cotidiano, para reducirlo a categorías estadísticas o clínicas. Del mismo modo, dicho sea de paso, esa sociología huyó de la historia. Lo “social”, para ella, vuelve a ser una disposición inspirada por idealidades geométricas, con funcionamientos reproducibles *ad libitum*, cuyos agentes son hombres-máquinas impulsados por fuerzas que proceden del determinismo universal.

Pero, al hacer esto, la sociología clásica devela la vanidad de su proyecto. Cualquiera sea la intención cosificante que le confiera a su discurso, el sociólogo no puede escapar a su cotidiano propio. Éste emprende la huida de la sociología clásica como algo inmóvil. Esa sociología se encuentra atrapada en el hielo de la impostura, que no es nada distinto a una decepción ante el desorden fundamental del mundo. Este desorden recorre lo cotidiano como la mentira recorre toda verdad, la inmoralidad toda ética, el mito toda ciencia.